ULRICH BECK
TRADUCIDO DEL ALEMÁN POR JOSÉ ANTONIO SALINAS F.

Para mí es importante que la cosmopolitización no se lleve a cabo en algún lugar abstracto o global, en algún lugar por encima de las cabezas humanas, sino que también suceda en la vida cotidiana de las personas ("cosmopolitismo banal"). Lo mismo vale para las operaciones internas de la política, que se ha vuelto goblal en todos los niveles, incluso en el nivel de la política interna, porque tiene que contar con la dimensión global de dependencias recíprocas, corrientes, redes, amenazas, etc. ("política interna mundial"). Preguntado de manera ejemplar: ¿cómo cambia la comprensión de poder y dominio en la mirada cosmopolita? Sobre esto, siete tesis.

LA GLOBALIZACIÓN ES EL DOMINIO DE NADIE

Primera tesis. En la relación de la economía mundial y el Estado sucede un juego de metapoder, es decir, una lucha de poder en donde las reglas del poder del sistema de Estado nacional e internacional están siendo modificadas. Es principalmente la economía la que ha desarrollado tal meta-poder, escapando de la jaula del juego del poder organizado territorial y nacionalmente, y conquistando nuevas estrategias de poder en el espacio digital. Juego de meta-poder quiere decir: se disputa, se lucha por el poder y se cambian al mismo tiempo las reglas nacionales de la política mundial.

Quien trata de encontrar una respuesta a la pregunta, de dónde sacan las estrategias del capital su meta-poder, da con un extraño hecho. La idea esencial se expresó en el encabezado de un periódico de Europa oriental, que durante la visita del canciller alemán en el año 1999 tituló: "Perdonamos a los cruzados y esperamos a los inversionistas". Es justamente la inversión del cálculo de la teoría clásica del poder y del dominio la que posibilita la maximización del poder de empresas transnacionales: el medio de coacción no es la invasión amenazante, sino la amenazante no-invasión de los inversionistas o su amenazante salida. Sólo existe una cosa peor que ser arrollado por las multinacionales: no ser arrollado por las multinacionales.

Esta forma de domininación ya no está ligada a la ejecución de órdenes, sino a la posibilidad de invertir de manera más económica en otros países, y a la de ahí surgida amenaza de *no* hacer algo, es decir, no invertir en *este* país. El nuevo poder de los consorcios no se fundamenta en la violencia como *ultima ratio* para imponer a los otros la voluntad propia. Por eso es mucho más móvil, ya que es territorialmente autónomo y por consiguiente utilizable de manera global.

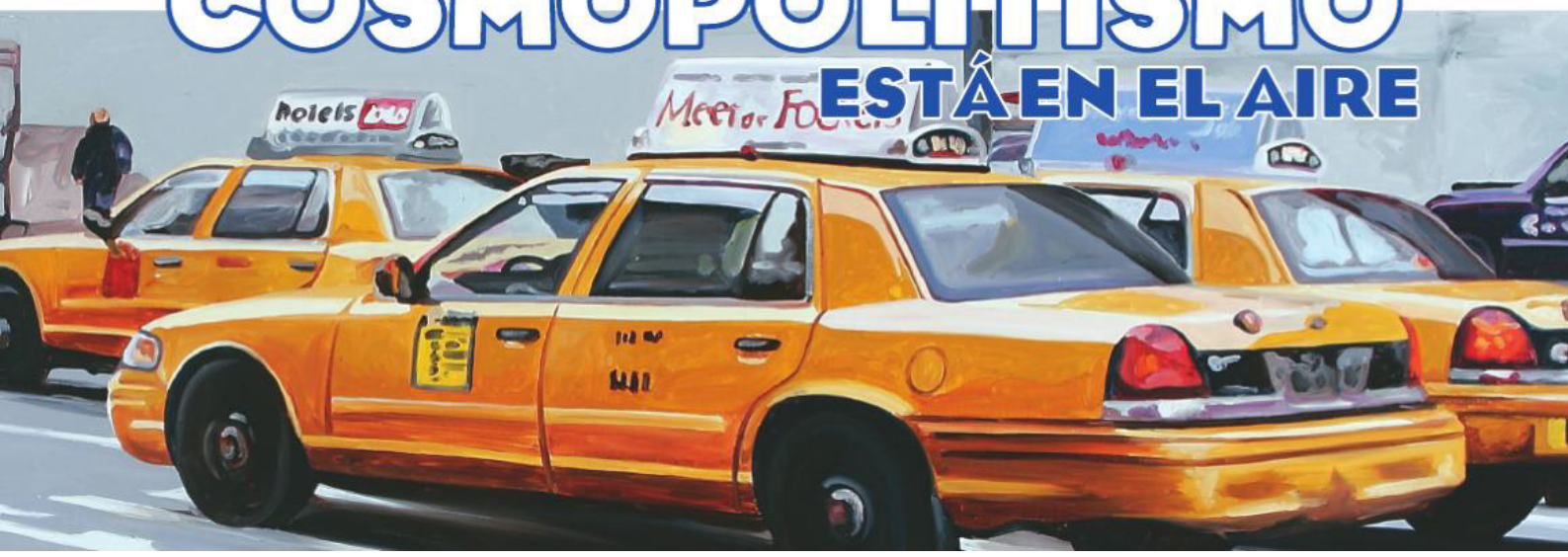
No imperialismo, sino no-imperialismo, no invasión, sino la retirada de los inversonistas es lo que constituye el núcleo del poder económico global. Este poder desterritorializado de la economía no requiere ni de la consecusión política ni de la legitimación política. Su utilización se efectúa pasando de largo por las instituciones, incluso por las de la democracia desarrollada, como los parlamentos y tribunales. Este metapoder no es ni ilegal ni legítimo; es "translegal". Pero cambia las reglas del sistema de dominación nacional e internacional.

La analogía entre la lógica militar del poder nacional y la lógica del poder económico llama la atención y desconcierta. Al volumen del capital invertido corresponde el poder del fuego y la fuerza de las armas, pero con la crucial diferencia de que la amenaza de no disparar acrecienta el poder. El desarrollo de productos es el equivalente a la renovación de los sistemas de armas. Las sucursales de las grandes empresas establecidas en muchos países reemplazan las bases militares y el servicio diplomático. La vieja regla militar, según la cual el ataque sería la mejor defensa, se traduce en: los Estados tienen que invertir en investigación y desarrollo para desarrollar plenamente la fuerza ofensiva global del capital. Con el presupuesto de investigación y educación aumenta —esa es la esperanza— la importancia de las

EL PODER GLOBAL DEL CAPITAL SE LAS ARREGLA SIN LAS FUERZAS ARMADAS. Y ES —CASI— ILIMITADO. SIETE TESIS PARA UN MUNDO MEJOR

La mirada nacional, que equipara sociedad con sociedad nacional, nos vuelve ciegos ante el mundo en que vivimos. Requerimos de una *mirada cosmopolita* para poder percibir la realidad del entrelazamiento de personas y poblaciones en todo el globo: el denominador común conceptual del denso mundo es "cosmopolitización", es decir: la erosión de fronteras claras que separaban mercados, estados, civilizaciones, culturas y, no por último, los entornos vitales del ser humano. Es cierto que el mundo no ha perdido sus fronteras, pero éstas se desdibujan y difuminan y se vuelven permeables a las corrientes de información y a la afluencia de capitales. Menos, en cambio, a las oleadas de gente: turistas sí, migrantes no. En los entornos vitales locales y nacionales y en las instituciones tiene lugar una "globalización interna". Esto cambia las condiciones de construcción de la identidad social, que ya no tiene que formarse a través de la contraposición negativa de "nosotros" y "aquéllos".

UN NUEVO COSMOPOLITISMO ESTÁ EN EL AIRE



voces de las que dispone un país en las arenas de la política mundial.

El poder de la amenazante no-inversión es hoy en día ya omnipresente. Por consiguiente la globalización no es ninguna opción; la globalización es un dominio de nadie; nadie la inició, nadie la puede detener, nadie es responsable. La palabra "globalización" representa la irresponsabilidad organizada: buscas a alguien con la vista a quien puedas recurrir, con el cual puedas quejarte, contra el que puedas manifestarte. Pero no existe ninguna institución, ningún número de teléfono, ninguna dirección de correo electrónico. Todos se perciben a sí mismos como víctimas, nadie como autor del delito. Incluso los caballeros de los consorcios —"príncipes modernos" de Maquiavelo deseosos de ser cortejados— tienen que, según su entendimiento, sacrificar su pensamiento y su manera de actuar en los altares del *Shareholder Value*, si no quieren ser despedidos.

UNA NUEVA MIRADA PARA ACTUAR DE OTRO MODO

Segunda tesis. La gracia del meta-argumento de poder reside en lo siguiente: las oportunidades de actuar de los compañeros de juego se constituyen en el meta-juego de poder mismo. Dependen esencialmente de cómo ellos mismos definan y determinen nuevamente lo político. Éstas son las condiciones para el éxito. *Sólo* la crítica resuelta de la ortodoxia nacional, así como nuevas categorías que guíen hacia una mirada cosmopolita, abren nuevas oportunidades de poder. Quien se aferre a la vieja dogmática nacional (por ejemplo al fetiche "soberanía" y a la política unilateral derivada de ella) será saltado, arrollado y ni siquiera debe quejarse de ello. Son los costos acarreados a los Estados por el aferramiento a las viejas reglas nacionales del juego de poder, los que hacen necesario el cambio a la mirada cosmopolita. Con otras palabras: el nacionalismo —la obstinación en el punto de vista de que el metajuego de poder de la política mundial sea y se quede como un juego nacional— resulta sumamente costoso. Eso lo tenía que experimentar últimamente la potencia mundial de Estados Unidos en Irak.

Confundir la política nacional con la global desajusta la mirada y al mismo tiempo bloquea el reconocimiento y aprovechamiento de nuevas jugadas y recursos de poder. Permanece inexplorada la posiblidad de transformar las reglas de ganancia-

PÁGINAS 64 Y 65: TAXIS / ÓLEO SOBRE TELA / 40 X 160 CM

pérdida o las reglas de pérdida-pérdida del metajuego de poder en reglas de ganancia-ganancia, de las que el Estado, la sociedad civil global y el capital se benefician igualmente. Rige una inversión del principio de Marx: no es el ser el que determina la conciencia, sino la conciencia del nuevo estado de actuación —la mirada cosmopolita— maximiza las oportunidades de actuación de los jugadores en el juego de poder de la política mundial. Existe un camino regio para modificar el propio poderío: uno tiene que cambiar la mirada hacia el mundo. Una observación escéptica y realista del mundo —¡pero al mismo tiempo también cosmopolita!

INFRINGIR LAS REGLAS -ESO SÓLO SE LE PERMITE AL CAPITAL

Tercera tesis. Es una ironía de la Historia que la visión del mundo que fue refutada por el desplome del comunismo en Europa haya sido adoptada precisamente por los vencedores de la Guerra Fría. Los neoliberales reclamaron como confesión propia las debilidades del pensamiento de Marx: su obstinada subestimación de los movimientos nacionalistas y religiosos y su idea unidimensional, lineal de la Historia. En cambio se cerraron ante la comprensión de Marx de que el capitalismo libera fuerzas anarquistas y autodestructivas. Por qué los neoliberales creen que las cosas se desarrollarían de otra manera en el siglo XXI, sigue siendo su secreto. De cualquier manera, las inminentes catástrofes ecológicas y revoluciones nos dicen algo distinto.

La agenda neoliberal es el intento de fijar las históricas ganacias momentáneas del capital móvil. La perspectiva del capital se asienta a sí misma como absoluta y autónoma y despliega así el espacio de poder y de posibilidad estratégicos de la economía clásica como actuación de poder subpolítico y a nivel de la política mundial. Luego, lo que es bueno para el capital es lo mejor para todos. La promesa dice, expresada irónicamente: la maximización del poder del capital es *finalmente* el mejor camino al socialismo.

No obstante, la agenda neoliberal al mismo tiempo insiste en que en el nuevo metajuego de poder el capital tiene dos fichas y dos jugadas. Todos los demás siguen disponiendo sólo de una ficha y una jugada. Por tanto el poder del neoliberalismo se basa en una desigualdad radical: no a todos les está permitido infringir las reglas, sino que la infracción y modificación de las reglas es y sigue siendo el privilegio revolucionario del capital. La mirada nacional de la política consolida la superioridad de poder del capital. Esta se basa esencialmente en que los Estados no siguen al capital, en que la política se encadena a sí misma en la cápsula broncínea de las reglas nacionales del juego de poder. ¿Pero quién es entonces el contrapoder y el adversario del capital globalizado?

EL CONTRAPODER SOMOS NOSOTROS: LOS CONSUMIDORES

Cuarta tesis. El rol del contrapoder frente al capital que rompe las reglas, no corresponde, en la conciencia pública de Occidente, al Estado, sino a la sociedad civil global y sus múltiples actores. Exagerando un poco, se puede decir que el contrapoder de la sociedad civil global se funda en la figura del *consumidor político*. Su contrapoder resulta —semejante al poder del capital— del poder de decir "no" siempre y en todas partes, de rechazar la compra. Esta "arma de no-comprar" no es ni local ni temporal ni objetivamente restringible. Sin embargo, depende por ejemplo de que uno siquiera disponga de dinero; o también de que haya una oferta excesiva de productos y servicios entre los que pueda escoger el consumidor.

Para los intereses del capital resulta funesto que no haya una contraestrategia que se oponga al creciente contrapoder de los consumidores: incluso los todopoderosos consorcios mundiales no pueden despedir a sus consumidores. Porque los consumidores —a diferencia de los trabajadores— no son miembros. También el método de extorsión de producir en otros países donde los consumidores aún son buenos, es un recurso del todo inservible. Bien articulado y movilizado hacia objetivos precisos, el consumidor desligado y libre, organizado transnacionalmente, puede ser moldeado en una afilada arma.

PERDER AUTONOMÍA, GANAR SOBERANÍA

Quinta tesis. No se puede soslayar la neodefinición de la política nacional. Sin duda, los abogados y actores de la sociedad civil global son imprescindibles en el metajuego global de poder, especialmente para la imposición de los valores cosmopolitas. Pero la abstracción del espacio de posibilidades del Estado y la política en la constelación cosmopolítica induce a una gran ilusión: las contradicciones, crisis y efectos colaterales de la segunda "Gran Transformación" que

PÁGINA 66: MÁS ALLÁ DEL SIGNIFICANTE SIS-24 (DETALLE EDITADO EN MONOTONO) / ÓLEO Y VINIL RECORTADO SOBRE LÁMINA GALVANIZADA / 90 X 90 CM

está en marcha podrían ser civilizados a través del nuevo portador de esperanza (el compromiso de la sociedad civil), y eso a escala mundial. Sin embargo, ese pensamiento pertenece a la galería de ancestros de lo apolítico.

Para escapar de la trampa de la nacionalidad en la teoría y actuación políticas, es esencial distinguir entre *soberanía* y *autonomía*. El nacionalismo se basa en la equiparación de soberanía y autonomía. Desde este punto de vista la dependencia económica, la diversificación cultural, la cooperación militar, jurídica y tecnológica entre los Estados conduce automáticamente a la pérdida de autonomía y, con ello, también a la pérdida de soberanía. No obstante, cuando uno mide la soberanía en función del éxito del Estado para resolver sus propios problemas nacionales, el incremento del entrelazamiento y la cooperación, es decir la *pérdida* de autonomía, resulta en una *ganancia* de soberanía.

Para el cosmopolitismo este entendimiento es central: la pérdida formal de autonomía y la ganancia de soberanía en cuanto al contenido pueden fortalecerse recíprocamente. "Globalización" significa ambas cosas: un incremento de la soberanía de los actores, logrado, por ejemplo, a través de la cooperación, la conexión y el entrelazamiento, que les posibilitan operar a grandes distancias, y, de este modo, abrirse nuevas opciones —mientras que, como reverso de la moneda de este desarrollo, pierden su autonomía países enteros. La soberanía de contenido de los actores (colectivos e individuales) aumenta en la medida en que disminuye formalmente su autonomía. Con otras palabras: en el marco de la globalización política se lleva a cabo una transformación de la autonomía fundamentada en la exclusión nacional, en una soberanía fundamentada en la inclusión transnacional.

UN ESTADO AL QUE LA NACIÓN LE SEA INDIFERENTE

Sexta tesis. Una respuesta política a la globalización es el "Estado cosmopolita" abierto al mundo. Éste no surge de la disolución y sustitución del Estado nacional, sino de la transformación del mismo, de la "globalización interna": el potencial jurídico, político y económico de lo nacional y lo local es reinterpretado y reabierto. Este híbrido de un Estado tanto cosmopolita como nacional no se demarca de manera nacionalista frente a otras naciones. Más bien desarrolla redes sobre la base del recíproco reconocimiento de la otredad y de la igualdad del otro para resolver problemas transnacionales. El concepto del "Estado cosmopolita" se funda en el principio de la indiferencia nacional del Estado. Éste posibilita la coexistencia de distintas identidades nacionales mediante el principio de la tolerancia constitucional hacia adentro y el derecho cosmopolita hacia afuera.

Con la Paz Westfaliana de 1648 se puso fin, a través de la separación de la Iglesia y el Estado, a las guerras civiles del siglo XVI surgidas por supuestos motivos religiosos. De manera semejante se podría —esa es la tesis— responder a las guerras (civil)mundiales del siglo XX con la separación del Estado y la nación. Análogo al Estado laico, que posibilita la práctica de diversas religiones, la red de los Estados cosmopolitas tendría que asegurar, mediante el principio de la tolerancia constitucional, la coexistencia de las identidades nacionales y étnicas. Análogo al modo en que se hizo retroceder a la teología cristiana al comienzo de la Edad Moderna en Europa, hoy en día tendría que ser reabierto el marco de actuación de lo político refrenando la teología nacional. Análogo al modo en que esto fue completamente

MÁS ALLÁ DEL SIGNIFICANTE SIS-24 (DETALLE EN GRISES) / ÓLEO Y VINIL RECORTADO SOBRE LÁMINA GALVANIZADA / 90 X 90 CM

descartado por la mirada teológica a mediados del siglo XVI, que incluso veía en ello el fin del mundo, hoy en día la separación del Estado y la nación resulta absolutamente impensable para los "teólogos de lo nacional", ya que rompe con el aparentemente constitutivo concepto fundamental de lo político: el esquema amigo-enemigo.

Un ejemplo histórico de ello es la Unión Europea. Aquí se consiguió, a través del arte político del entrelazamiento, transformar a los enemigos en vecinos. Atados el uno al otro con las "esposas doradas" del beneficio nacional, los Estados miembros, en las disputas, tienen siempre que cerciorarse nuevamente de su reconocimiento recíproco e igualdad. En este sentido, entender la Unión Europea como una confederación de Estados cosmopolita que controle cooperativamente la globalización económica, así como respete la otredad de los otros —las co-naciones europeas, pero también los vecinos mundiales de Europa—, podría ser una descripción realista, en parte también una utopía.

La teoría y el concepto de Estado cosmopolita se demarcan de tres posiciones: de la ilusión del Estado nacional autónomo; de la concepción neoliberal del Estado económico mínimo y desregularizado; así como de las tentaciones irreales de un Estado mundial uniforme cuya concentración de poder fuera inquebrantable.

¡TRANSFORMEN LOS MUROS EN PUENTES!

Séptima tesis. Esta objeción está en el aire: desde hace mucho tiempo se trabaja con ideas como relativismo cultural, multiculturalismo, tolerancia, internacionalismo y —hasta la náusea— con globalización y globalidad. ¿No se está poniendo vino viejo en botellas nuevas con el concepto "cosmopolitismo"? ¿Quizás no se trate ni siquiera de nuevas botellas, porque el término "cosmopolitismo" ya encontró uso desde los estoicos en la Antigua Grecia o en Immanuel Kant, Hannah Arendt y Karl Jaspers?

A ello respondo: mi teoría de la "mirada cosmopolita" describe otras realidades y está construida de una manera distinta. Pues todas aquellas ideas se fundan sobre la premisa de la diferencia, la alienación y la extrañeza de los otros. "Multiculturalismo", por ejemplo, quiere decir: diversos grupos étnicos viven codo con codo dentro de un Estado. Y "tolerancia" significa aceptación a regañadientes, la admisión de la diferencia como una carga inevitable. En cambio, "tolerancia cosmopolita" es más que eso. No es defensiva o pasiva, sino activa: abrirse al mundo de los otros, experimentar la diferencia como enriquecimiento y ver y tratar al otro completamente como a un igual. O expresado teóricamente: la "lógica del o-o" se reemplaza por la "lógica del tanto-como".

"Cosmopolitización" significa precisamente no uniformidad y homogeneidad. Las personas, sus grupos, comunidades, organizaciones políticas, culturas, civilizaciones quieren y deben permanecer distintas, quizás incluso únicas. Pero, para expresarlo metafóricamente: los muros entre ellas tienen que ser sustituidos por puentes. Tales puentes tienen que ser erigidos, sobre todo, en las cabezas, mentalidades e imaginaciones humanas ("mirada cosmopolita"), pero también dentro de lo nacional y lo local ("globalización

interna"), en los sistemas de normas (derechos humanos), en las instituciones (por ejemplo la Unión Europea) y también en la "política interna mundial", que busca respuestas a los problemas transnacionales (por ejemplo, en la política energética, el desarrollo sostenible; en la lucha contra el calentamiento global; en la guerra contra el terrorismo) ☙

MÁS ALLÁ DEL SIGNIFICANTE SIS-24 (DETALLE EN GRISES) / ÓLEO Y VINIL RECORTADO SOBRE LÁMINA GALVANIZADA / 90 X 90 CM